

# La Juventud y los Tragamonedas

por Sebastián Salazar Bondy

Ya no hay barrio en el cual no exista —y como activo centro de reunión de la juventud especialmente adolescente— un establecimiento, cuando no más, de máquinas tragamonedas. Muchos mercaderes que no sacrifican a ninguna consideración de carácter moral o cívico su ambición comercial, su ansia de dinero, han descubierto que dichos aparatos dejan una copiosa utilidad subsumiendo los bolsillos de los inocentes muchachos, lo que equivale a arrasar los modestos presupuestos de los hogares populares. Así, como usted a uno de esos antros, cuyos nombres invocan, por un curioso acto fallido, los lugares de juego más famosos del mundo (Las Vegas, Montecarlo, etc.), y verá cómo, disimulado tras una prueba de habilidad, se halla un vicio que puede terminar siendo fatal para quien cae víctima de sus seducciones. Se trata de obtener un cierto puntaje por medio de determinado mecanismo (la bolita que debe entrar por un hoyo, la caza ficticia de unos patos automáticos, el fútbol de mesa, etc.), cosa que resulta, como es lógico, más que difícil, en tanto la maquinaria consume soles tras soles. Acompañan a estos entretenimientos de nuevo cuño, sustitutorios del billar —que, con todo, era más sano y deportivo—, el bar con tragos y quién sabe con qué otras oscuras alianzas.

¿Y las autoridades? Ante to-

do, las autoridades los han autorizado y los siguen autorizando. Hay tres posibilidades: o están interesadas en que el negocio prospere, o aspiran a que los jóvenes se entreguen a este a-



dormecedor hábito del tragamonedas, o se hallan tan en las nubes que no se han dado cuenta del mal que dichos negocios hacen. En los tres casos, como es natural, no cumplen con su deber ni con la ley, porque los aparatos mencionados son, ni más ni menos, que nuevas modalidades del envite, condenado por disposiciones precisas. Claro que en la puerta de estos sitios reza el cartelito obligatorio cuyos términos vedan la entrada a los menores de 18 años. (Uno está

tentado de pensar qué razón puede invocarse para suponer que, pasados los 18 años, los jóvenes pueden dedicarse al juego con dinero que dudosamente ganan con su trabajo). La norma, sin embargo, no se respeta, pues lo corriente no es ver ante las maquinarias gentes maduras, sino chicos que debieran estar estudiando o formándose para el futuro, por sí y por la comunidad. De la frecuentación de una casa de juego al delito, a través del ocio que requiere de dinero para alimentarse, hay un paso. En Lima ese paso lo ayudan a dar las autoridades.

El problema del desquiciamiento de la juventud atañe muy principalmente al Estado. A veces, éste recupera su sensatez y dicta leyes que se proponen ordenar la buena educación de los jóvenes. Pero lo que hace con la mano, lo borra con el codo, ya que estimula con su indulgencia culpable los peligros que amenazan a quienes están en edad de aprender a ser ciudadanos útiles, honrados, progresistas. No de otra manera puede tomarse el permiso que se otorga a los establecimientos de tragamonedas en donde la juventud se entrega a esfuerzos tontos por los cuales paga lo que no tiene. Se explica, por cierto, que no habiendo campos deportivos, lugares de sano esparcimiento, clubs sociales, puntos de recreación positiva, los adolescentes se refugian en esos tramposos locales en donde encuentran la distracción que normalmente buscan. La culpa, al fin y al cabo, no es de los clientes. Ni siquiera de los propietarios. Es única y exclusivamente de quienes gobiernan el país, cuya indiferencia por la vida real del hombre común y corriente es fuente permanente de muchas de las dolencias que afectan a la sociedad peruana de hoy. La responsabilidad de las autoridades ante el presente y la historia es enorme, pues su juicio será implacable.

En La Habana, el gobierno revolucionario se ha apresurado a cerrar las casas de juego, no sólo las elegantes, destinadas a los turistas, sino esas pequeñas, que a la manera de las que ahora invaden nuestra ciudad, devoraban la economía del ciudadano medio. Según estadísticas, el ochenta por ciento del volumen de dinero jugado se vertía en los tragamonedas. ¿Esperaremos aquí que se produzca semejante situación? ¿Guardamos una crisis similar para acabar con tales antros? ¿No es mejor proceder a tiempo?

NU  
indu  
ticia  
mar  
los  
sus  
to m  
ses.  
Alg  
tiene  
aume  
caso  
en la  
año p  
presas  
la den  
de que  
eso. R  
cuper  
exper  
Dur  
un oc  
de ac  
mana  
vo que  
tes de  
torme  
La  
super  
a la  
pasad  
La  
pres  
los B  
esta  
tidad  
ra o  
La  
fía  
form  
didos  
dinar  
na y  
Los  
dustr  
tes o  
produ  
emba  
que  
riodo  
Los  
inform  
te el  
garron  
rios. I  
17 por  
la de  
La  
aument  
semana  
mayor  
La pro  
aument  
tro por  
año pa  
El tra  
ferroca  
minuyó  
semana  
por cie  
mo pe  
reducc  
a las  
tal ra  
otro